

TESTIMONIOS HOSPITALARIOS

A painting depicting a group of nuns in a procession. They are wearing white veils and dark robes, holding candles. The scene is set in a dimly lit, possibly outdoor or semi-outdoor, environment with a reddish-brown ground. The style is somewhat impressionistic, with visible brushstrokes and a focus on light and shadow.

Sor Inés de la Cruz



“Su naturaleza le empujaba a ayudar y servir sin cesar al prójimo y, en particular, a las personas más desfavorecidas”

Cecilia Sorribes Teixidó (1894-1979)

Hermana Hospitalaria del Sagrado Corazón de Jesús



- 1. Rasgos biográficos**
- 2. Vocación Hospitalaria**
- 3. De castillo al hospital psiquiátrico**
- 4. Hablan los testigos**
- 5. El corazón dejó de latir**
- 6. Cuestión de corazón y cuestión de fe**

1. Rasgos biográficos

Era el 10 de noviembre de 1894, cuando Cecilia Sorribes Teixidó nació en Rocafort de Vallbona, pueblo de la comarca de Urgell en la provincia de Lleida (España).

Rocafort de Vallbona

Rocafort de Vallbona tiene origen medieval. De su castillo o fuerte de defensa ya se tienen noticias escritas en el año 1173. Sus características coinciden con las de las villas medievales: casas muy próximas, calles sinuosas con grandes desniveles que favorecían la defensa y circuito amurallado del que aún se conserva el portal de acceso. Por su cercanía al Monasterio Cisterciense de Santa María de Vallbona, Rocafort perteneció a la Baronía de Vallbona (vigente aproximadamente desde finales del s.



XIV a finales del s. XVIII), formada por un grupo de pueblos y lugares que dependían de la Abadesa del Monasterio. La Iglesia data del siglo XVIII y está dedicada a San Salvador.

En el año 1900 el pueblo contaba con 617 habitantes, lo que nos hace pensar que cuando nació sor Inés esa sería, más o menos, la población. El censo de 2005 arroja la cifra de 130 habitantes. La actividad laboral es eminentemente agrícola, con los cultivos propios del valle del río Corb: viñas, almendros, olivos, cereales y huerta, aunque la mayoría del término municipal es de secano.

Desde hace diez años es importante la representación del Pesebre Viviente, uno de los más bonitos y visitados de la zona.

Familia

Los padres de sor Inés de la Cruz (Cecilia) fueron Andreu Sorribes y Teresa Teixidó. Cecilia ocupaba el segundo lugar entre los 8 hijos que nacieron del matrimonio. En el bautismo le pusieron los nombres de Cecilia Antonia Teresa. El resto de los hermanos fueron: Manuel, Úrsula, Jaume, Joseph, dos niñas cuyos nombres no conocemos y Alfonso (1912-1936) que fue religioso Misionero Hijo del Corazón de María, Claretiano. Murió mártir durante la guerra civil española. Fue fusilado en Barbastro – Huesca (España) el 15 de agosto de 1936 y declarado beato por el Papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992, en un grupo de 122 religiosos, de los cuales 71 eran Hermanos de San Juan de Dios y 51 Misioneros Hijos del Corazón de María.



El padre trabajaba en el campo y la madre en las labores del hogar y en el campo cuando era necesario en épocas de mucho trabajo, como la recogida de la almendra, de las olivas, etc.

Cecilia y sus hermanos crecieron en un ambiente familiar de hondas raíces cristianas. El humus de este hogar fue un excelente fertilizante para que germinara precozmente la vocación religiosa de dos de sus hijos, Cecilia, más tarde sor Inés de la Cruz y Alfonso, hoy el Beato Alfonso Sorribes.

2. Vocación Hospitalaria

No conocemos cómo nació su vocación. Cecilia Sorribes vistió el hábito el 25 de marzo de 1927, en Ciempozuelos (Madrid-España), después de haber hecho seis meses de aspirantado en el mismo lugar. Al cabo de dos años, el 25 de marzo de 1929, hizo la profesión emitiendo los votos de pobreza, castidad y obediencia. En este acto le fue impuesto el nombre de sor INÉS DE LA CRUZ. Los cuatro años de votos temporales los pasó en las comunidades de Ciempozuelos, Valencia y San Boi (Barcelona), llegando de nuevo a Ciempozuelos para prepararse y hacer la profesión perpetua el 25 de marzo de 1933.

En el año 1936, año doloroso para España a causa del estallido bélico que duró casi tres años, sale de San Boi de Llobregat (Barcelona) con destino a Italia permaneciendo en la Casa de Viterbo durante un año. El 31 de julio de 1937 fue trasladada a Francia, concretamente a Saint Rémy, que fue su destino ininterrumpido durante 42 años.

Saint Rémy, es un municipio francés situado en el Departamento de la Haute-Saône (región de Franche-Comté). Tiene 797 habitantes (censo de 1999) y una superficie de 9,1 Km. Altitud 300m. 24,3Km distante de Vesoul, capital de la Haute-Saône.

Podemos imaginarnos lo que estos traslados supusieron para sor Inés al tener que dejar tras de sí a una madre viuda (el padre había fallecido en 1934) con sus hijos, en un momento de turbulencia nacional:

- El año 1934, muere el esposo de Teresa.
- 1935, fallece uno de los hijos cuando apenas contaba 18 años.
- 1936, es asesinado Alfonso a la edad de 23 años.
- El mismo año 1936, Cecilia es destinada a Italia primero, y después a Francia. En esta época la comunicación con la familia prácticamente se interrumpe a causa del conflicto bélico.
- 1939-1945, apenas concluida la guerra civil española empieza la segunda guerra mundial y sor Inés se encuentra inmersa en este clima con todo lo que ello conlleva, incluida la falta de comunicación transfronteriza.



3. De castillo a hospital psiquiátrico



De castillo a hospital psiquiátrico, pasando por abadía, escuela normal de maestros y escuela agrícola. El castillo de St Rémy fue reconstruido en 1760 por Jeanne Octavie de Vaudrey, Marquesa de ROSEN. Las piedras del antiguo castillo medieval sirvieron para la construcción del nuevo.

A partir de 1822, el castillo fue comprado y vendido por varias organizaciones eclesíásticas, entre ellas figura el P. Guillaume-Joseph CHAMINADE, fundador de la Congregación de Hermanos

Marianistas. En 1937, fue adquirido por D. Justin Perchot para crear un hospital psiquiátrico y éste es su destino hasta el día de hoy. Nuestra Congregación llegó a Saint Rémy llamada por el señor Perchot y, sor Inés integró la primera comunidad que se hizo cargo de la misión de este centro hospitalario.

A las normales dificultades de una misión que comienza se unía el obstáculo del idioma, pues muchas hermanas no conocían el francés y lo iban aprendiendo "sobre la marcha". Reconocen las mismas hermanas que entre la gente encontraron mucho apoyo y comprensión; particularmente están agradecidas al P. Marcelo Charrot, primer capellán nombrado para el hospital. *"Sacerdote muy piadoso, de reconocida virtud, ejemplar y celosísimo"*. Ayudó a las hermanas especialmente como confesor, se esmeró en aprender el castellano para poder ser más útil, de todo lo cual la comunidad guarda un profundo agradecimiento.

4. Hablan los testigos

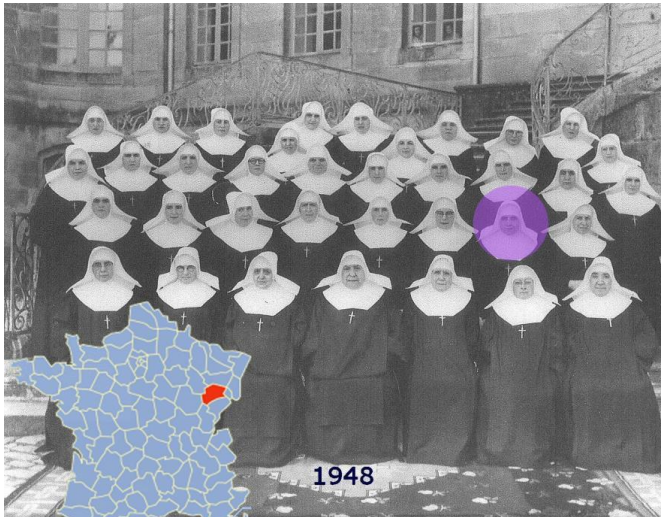
Los testimonios pertenecen a hermanas y médicos que vivieron y trabajaron con ella en el hospital durante muchos años. Si las niñas, directamente destinatarias de sus servicios, hubieran podido expresarse nos hubieran dejado los más bellos comentarios, como revela el retrato que de sor Inés hace una hermana:

"Sentada con una niña en su regazo, dos más tirándole del delantal y una cuarta que le abraza por la espalda"

"Más de una vez le vi sacar su pañuelo para limpiar los mocos a alguna niña y guardárselo en el bolsillo con la mayor naturalidad, como sólo lo hacen las madres"

Uno se imagina difícilmente la pobreza de la existencia de estas niñas con discapacidad física e intelectual y, sin embargo, dotadas de gran sensibilidad afectiva aunque frustradas en lo que puede constituir el interés y el gozo por vivir. ¡Tantas cosas les son negadas!

Sor Inés había nacido con reservas inagotables de amor y de entrega al prójimo. Su preocupación era la de aportar constantemente su contribución al bienestar de sus semejantes. Ella había comprendido que lo que más cuenta para un ser humano, lo que constituye la dicha de vivir, es el afecto, es el amor que puede recibir de los otros y el amor que puede dar. En medio de sus niñas, sor Inés había comprendido que ella podía garantizar una cierta felicidad a fuerza de afecto y perseverancia... a fuerza de amor. Ella sería, por tanto, como la madre de estas niñas y sabía que este amor, del cual ella desbordaba, podía a pesar de todo, hacer de estas personas desheredadas, seres casi dichosos y apegados a la vida.



Sor Inés estaba persuadida de que la Providencia le había llevado a Saint Rémy para esta misión; en efecto, no tenía más que una preocupación: que todas sus niñas, "*filletes*", como ella les llamaba (*filletes*, diminutivo de *filles*, hijas en catalán), que sufrían alteraciones físicas e intelectuales más o menos graves y, sobre todo, un gran vacío afectivo, sufrieran lo menos posible y tuviesen, a pesar de todo, su parte de felicidad y alegría de vivir.

Ponía empeño para que jugasen y supieran qué era la alegría. Todas las niñas estaban como un enjambre alrededor de ella y dos o tres sobre sus rodillas, les entretenía de mil maneras. Este

estilo de sor Inés no terminaba en las niñas, el inmenso amor que tenía al prójimo englobaba al mismo tiempo que a sus "*filletes*" a las enfermeras y al personal que con ella trabajaba en el servicio.

Les quería mucho y, si no se lo podía manifestar con palabras (pues no hablaba casi el francés si no, más bien catalán), se lo demostraba con su actitud y delicadas atenciones. Por ejemplo, dice una de las enfermeras que, a las 10.00h y a las 16.00h les llevaba a cada una un trozo de pan de espiga y un vaso de café con leche, pues ella pensaba que como las niñas, sus pequeñas enfermeras necesitan también reponer fuerzas tomando un dulce.

Lo más bello de la vida no puede ser visto, ni siquiera tocado... sino sentido con el corazón

A propósito del idioma quien la conoció dice que, si bien el personal encontraba dificultad para entenderla, las niñas le entendían completamente con gran admiración de todos y es que: "*lo más bello de la vida no puede ser visto, ni siquiera tocado... sino tan solo sentido con el corazón*". Sor Inés estaba siempre preocupada por si a sus "*filletes*" les pudiera faltar algo; que tuvieran frío, hambre o que se pusieran enfermas. Reducía los baños por temor a que las niñas cogieran frío. Consideraba las inyecciones como un tratamiento cruel pues les hacía sufrir. La alimentación de las pequeñas tenía que ser copiosa, ella siempre creía que no comían bastante, a menudo les guardaba su propio postre. Siempre tenía alguna golosina en los bolsillos.

Se veía que las niñas tenían por ella verdadera adoración; las llenaba de alegría, se les oía reír. Todavía hoy alguna de aquellas niñas, adulta, conserva un recuerdo emocionado e imborrable.

Cuando alguna niña debía ser trasladada a la unidad de adultos, era para sor Inés un verdadero desgarró y, evidentemente, no le faltaban sus visitas aunque tuviera dolores reumáticos y, naturalmente, siempre con alguna golosina.

Un testigo que se autodefine como persona escéptica e incrédula con relación a los temas religiosos, afirma de sor Inés:

“Para mí es el moledo del verdadero santo” y añade que cuando él llegó a Saint Rémy, en el año 1947, encontró una comunidad de unas 40 hermanas donde inmediatamente apreció “la buena fortuna, al menos en la sección de mujeres, con la colaboración activa, atenta y competente de las religiosas de la Congregación”

“Haber visto directamente a sor Inés me ha permitido medir la bondad, la abnegación, la tolerancia. Los cuidados maternales prodigados, más allá de lo natural, con una agradable sonrisa que calma las penas, la ansiedad, los problemas de comportamiento...”

Sor Inés, incluso en su avanzada edad y con problemas de salud (reumatismo doloroso) preparaba con alegría la distribución de la comida de “sus niñas” en tiempos en los que la penuria era grande. Durante la guerra (1939-1945), y en años sucesivos, lavaba a mano las pertenencias de su pequeña pero numerosa familia. Estos sencillos gestos, que no es fácil traducir en palabras, creaban una atmósfera en el servicio semejante a un oasis de frescura, de paz, de afecto sobre todo, que incluso rara vez se aprecia en las mejores familias.

El período de la guerra fue especialmente duro para todo el mundo y, obviamente, también para el hospital. Cuenta la crónica de la comunidad: *“lo más destacable de este año (1940) y de los siguientes a la guerra, es decir hasta mayo del 45, fueron las privaciones y sufrimientos que tuvieron que soportar tanto las hermanas como las enfermas. Sobre todo, lo que hacía sufrir a las hermanas era la falta de alimentos y combustible para poder calentar a las enfermas durante los fríos inviernos. Se vieron obligadas a salir a un bosque vecino a recoger ortigas para aumentar un poco la comida y leña para calentar las estancias de las residentes”.*

“Considero, comenta un testigo, altamente significativo que todas las cualidades de sor Inés han sido notables hasta el punto que esta religiosa extranjera y escondida en el fondo de una provincia, haya sido nombrada por el Gobierno francés, ‘Chevalier de l’Ordre de la Santé publique’. Distinción que ella aceptó con reticencia y que bien hubiera podido ser aplicada a toda la Congregación”

“Me han dicho que la Iglesia exige milagros probados para que una persona sea declarada santa. Para mí, la aureola de sor Inés está hecha de milagros permanentes y tangibles que se manifestaban en la armonía que reinaba entre las niñas a ella confiadas, a pesar de sus pesados handicaps”

Los que han visto la tristeza y el dolor que le causaba la enfermedad o la muerte de una 'fillete' o pasar la noche junto a ella, no pueden dudar de que, si hay Paraíso, ella ocupará un buen lugar.

Acontecimientos especiales

- Sor Inés obtiene la carta profesional de Enfermera, especialización en Psiquiatría, autorizada el 20 de diciembre de 1948 por el Ministerio de Salud pública y población de Francia.
- El 14 de febrero de 1952 fue nombrada CHEVALIER de la Orden de Salud Pública, honor reconocido por la República de Francia. *"El Departamento del Sena se complace en reconocer los excelentes cuidados que usted prodiga a nuestros niños más desheredados".*



5. Este corazón que albergó tanto amor y tanta bondad, dejó de latir

Los enfermos eran 'su vida' y el servicio en el que trabajaba se entristeció cuando su edad avanzada y su estado de salud le obligaron a retirarse. Pero este retiro forzoso no alteró para nada la pasión que ella sentía por sus "pequeñas enfermas", a las cuales estuvo enteramente dedicada. Durante su enfermedad una de las mayores alegrías fue la visita de una de las niñas, ya adulta, que gracias a sus cuidados había adquirido bastante autonomía.

"Yo puedo manifestar, cuenta un médico que la atendió hasta el final, que sor Inés ha conservado la serenidad hasta sus últimos momentos. Parecía plenamente feliz"

Se pudo comprobar el día del funeral la pena sentida por su desaparición, viendo la cantidad de gente que se acercó para darle el último adiós. **ERA LA IMAGEN DE LA CARIDAD.** Hemos perdido una religiosa de una esencia poco común, que puso en práctica los principios y las grandes virtudes que estaban, sin duda, en el origen de su vocación.

Era un 7 de mayo de 1979 cuando este corazón, que albergó tanto amor y tanta bondad, dejó de latir.

6. Cuestión de corazón y cuestión de fe

Después de este breve recorrido, podemos sacar algunas conclusiones:

- La caridad que caracterizó a sor Inés hundía sus raíces en una fe profunda, en una íntima unión con Dios y en la más genuina espiritualidad hospitalaria, capaces de avivar la fe en los otros por las obras buenas que veían en ella. *"Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, creedlo por las obras"* (Jn 14, 11). *"Que los que creen en Dios traten de sobresalir en la práctica de las buenas obras. Esto es bueno y provechoso para los demás"* (Tito 3, 8).

Nuestro Santo Fundador, Benito Menni, nos dice en su carta 398: *"lo que quiere María son obras, o sea comportamiento propio de religiosas que imitan a Jesús, manso y humilde de corazón y que para alcanzar esto, necesitan espíritu de oración y abnegación"*.

- Otra constatación que se desprende de la vida de sor Inés es que lo más importante, lo que siempre se recuerda con cariño, es la bondad y el amor de las personas con las que hemos hecho algún trozo de camino.
- El buen sentido es una dimensión fundamental en el ser humano que, junto a la prudencia, alentó la manera de proceder de Sor Inés y de muchas hermanas que podríamos citar. Ella pertenece a ese grupo de personas que ha desarrollado un "buen sentido" y que lo ha aplicado con audacia en favor de la humanidad.

¡Que el espíritu de entrega a la misión que ha animado a sor Inés y a tantas Hermanas Hospitalarias a lo largo de la historia, sea nuestro "orgullo" y nuestro desafío en la vocación a la que, como ellas, hemos sido llamadas!

